

Magos se trasluce por el hecho de seguir á una estrella desconocida. Es posible que Gaspar, Baltasar y Melchor fuesen astrónomos, ó mejor dicho astrólogos, y el rutilante astro nuevo, que brillaba de tan inusitada manera en el firmamento sombrío y aterciopelado del Oriente, les llamaría la atención hasta el extremo de impulsarles á reunir la caravana y á cargar de riquezas y tesoros los camellos y dromedarios, para rendir tributo á la potencia que del cielo acababa de descender á Palestina.

Si yo me decidiese á adoptar un criterio definido en estos asuntos, diría que los Magos no pudieron ser más que sacerdotes. ¿De qué culto? Probablemente del magdeísmo. Lo de sacerdotes no quita á lo de astrónomos, al contrario. Sabemos que la astronomía, en sus comienzos, fué una ciencia sacerdotal. Desde los hierofantes y arúspides griegos, que leían el porvenir en las entrañas de las víctimas, hasta los sacerdotes egipcios y persas, todos se dedican á observar el cielo y á sacar presagios y fórmulas mágicas del curso de los cuerpos celestes. El conocimiento de ciertos secretos que se conservaban y transmitían como tesoro de una clase y de una categoría social, y que no era lícito comunicar sino á ella y aun en sus más elevadas jerarquías, se convertía en instrumento de fuerza y poder. El sacerdote aterrabá á la muchedumbre haciendo que sobre el altar cayese el rayo, ó apremiando por medio de conjuros á la luna, á fin de que descendiese sobre la tierra. Los que más se distinguieron en el arte de los sortilegios, encantos y brujerías fueron los egipcios. Extinguido aquel culto eminentemente simbólico; aniquilado el poder de los Faraones; sepultos entre la arena del desierto líbico los monumentos de tanta grandeza y de tanto poder, todavía persiste — ¡hay cosas indestructibles! — la fama de la habilidad egipcia para la magia; y de esta creencia perseverante y tenaz son buena prueba las hazañas de los gitanos y gitanas, sus artes de decir la buenaventura, sus *timos* á los incautos, sus infinitas máculas y roncerías para hacerse pasar por adivinadores del porvenir. Singular persistencia de la tradición, que en países donde ni se sospecha la existencia del viejo Egipto, miles de años después de que los sacerdotes faraónicos celebraron por última vez los ritos de la magia, rodea todavía de una aureola de poder sobrenatural á los descendientes de la raza procedente de las márgenes del Nilo.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REYES MAGOS

Madrid está muy diferente de sí mismo cuando, como estos días, lo envuelve la neblina y lo moja la lluvia. El cielo gris no encaja en la idea que de Madrid tenemos. Asociamos, en nuestro pensamiento, á Madrid con la claridad de un cielo azul cobalto, con la transparencia cálida y seca del aire y con la alegría de un sol de oro, que ilumina regiamente los edificios y baña las plazas en ondas de luz. Madrid encharcado, lodoso; Madrid semejante á Londres..., lo desconocemos, renegamos de él; y sus calles tortuosas y su adoquinado infernalmente molesto no parecen todavía menos propios de una gran capital.

* *

Los Reyes van á venir, pero ya no se les aguarda con alboroto y estrépito, ni mis paisanos los pobres gallegos laboriosos salen, en la noche del 5 al 6, armados de escalera y forrado el cuerpo con reiteradas libaciones de aguardiente, á saludar á los Magos, y á buscarse algún garrotazo de los agentes de policía. Era una fiesta vinosa, popular, que, según observaba reiteradamente la prensa, desdecía ya de la cultura y de la civilización — como desdecía el aguador mismo, protagonista de aquella clásica algarada. — Al ser conducida á Madrid la cinta, no siempre cristalina, del Lozoya, los aguadores recibieron golpe mortal. Van prolongando su existencia merced á las *turbias* del río y á las no menos turbias y contradictorias afirmaciones de la Facultad, que tan pronto señala al *bacilo* del tífus residencia en el Manzanares ó en los viajes antiguos, como le supone agazapado preferentemente en el légamo que acarrea el Lozoya; pero es una institución acabada; es un oficio que se va; es un modo de vivir que desaparece. Y sería curiosísimo saber por qué razón, entre las demás profesiones y oficios, se distinguían los tertulianos habituales de la Fuente del Berro por su celo en esperar á los Santos Reyes.

* *

No menos atractivo para un erudito en materia de orientalismo, escritura é historia antigua, sería dedicarse á investigar el origen de esa fiesta de los Reyes, en torno de la cual se espesan las tinieblas y se condensa la incertidumbre. Poco ó nada se barrunta: el fundamento de la tradición es un texto de los Evangelios, que únicamente habla de *magos*, no de *reyes*; y los magos podían ser sacerdotes ó sabios, de esos santones á quienes venera el pueblo por su virtud ó por su conocimiento de lo que hoy se llama *ocultismo* y *teosofía*, ó sencillamente de algunos efectos y fenómenos naturales, que eran, en aquellos tiempos remotos, desconocidos del vulgo y daban al que podía interpretarlos ó predecirlos la misma autoridad que entre los indios dió el anunciado eclipse á Cristóbal Colón. Algo de esta condición científica de los tres

León, que ignoramos en qué se pudo fundar. A los pintores les agradaba y convenía que los Magos aparecieran revestidos de fastuosos ropajes, de pellizas aforradas de marta y de armiño, bordadas de oro, ó envueltos en caudales mantos de terciopelo que derribaban sus pliegues sobre el piso de tierra y la esparcida paja del pesebre en la cueva de Belén. Coronas de oro recamadas de perlas y de joyeles de toda pedrería; vasos cincelados y filigranados que contienen el oro, la mirra y el incienso; almohadones de estofa magnífica, con gruesos borlonés de canales; objetos de lujo y de arte, de los que se usaban en el siglo xv, eran para los pintores de aquella época tan socorridos como son para los de hoy los mobiliarios barrocos que con fruición reproducen en *La Vicaría* y otros cuadros de parecido asunto. Los Magos, convertidos en Reyes, alegraban y enriquecían la humildad del santo establo y la modestia del traje de la Virgen y de San José. Artista hubo que, no contento con vestir de Reyes á los Magos, atavió á la Virgen como á una Berenice ó una Zenobia.

* *

Ha ido aclimatándose en España una costumbre francesa propia del día de Reyes: es verdad que no pasa de las clases acomodadas; al pueblo no sé que haya llegado todavía, á pesar de que no son muy caros sus elementos — una torta que cuesta desde una peseta en las confiterías, y unos cuantos granos de te. — Me refiero al famoso *gâteau des Rois*, base hoy de una infinidad de reuñoncillas íntimas de buena sociedad, ó de sociedad mediana — que en la viña del Señor hay de todo.

Esta costumbre, del haba y torta de Reyes, derivada según opiniones del paganismo, es en Francia inmemorial. Los monarcas elegían por *rey*, en tal ocasión, á un niño pobre y designado por la suerte del haba; le recogían, le adoptaban, le daban enseñanza y pan, le ponían al abrigo de la miseria para toda su vida, y en suma le hacían feliz. La solemnidad de los Reyes (que en esto revelaba su origen enlazado con las saturnales) aparecía consagrada á Baco, igual que las Carnestolendas. Nada tiene de extraño, pues, que los aguadores, al salir á esperar á los Magos con antorchas, realizaran una verdadera y groserísima saturnal.

* *

Hoy el festejo orgiástico se ha convertido en inocente regocijo de familia, en mansa ceremonia de salón, y el *haba*, emblema de *Febo* ó reminiscencia lejana de la adoración de los egipcios y los pitagóricos á la nutritiva leguminosa, en figurilla ó amuleto de porcelana, que no puede hacer más daño serio que romper una muela á quien se atropelle al mascar.

Las tortas son dos. Pártense en varios pedazos, más ó menos grandes; una de las tortas se destina á las señoritas casaderas, otra á los señoritos solteros. El señorito que se encuentra el haba — la cual á veces no es *haba*, sino *chiquillo*, un nene de porcelana que puede simbolizar el amor ó cosas todavía más atrevidas, — ese tiene que ofrecer á la señorita correspondientemente agradada un obsequio cualquiera: caja de dulces, ramillete de flores, saco de seda para abanico y gemelos, *biblot* de *biscuit*, uno de esos objetos fútiles é inútiles, pero encantadores, con que sueñan las muchachas. A veces, de este azar sale algo serio y definitivo, amoríos ó bodas...

* *

Para los niños también es señalado el día de Reyes. Dejen ó no los zapatitos en la chimenea, los papás babosos suelen depositar, furtivamente y aprovechando el sueño de sus vástagos, un cargamento de juguetes sobre la cama. Al despertar, las criaturas piensan seguir soñando. Allí tienen al conejito de móviles orejas, que golpea un dorado tambor; al polichinela de traje de raso verde y rojo; á la muñeca de grandes ojos azules y rizosa cabellera dorada; al llorón bebé de gordos carrillos; al ejército de soldados de plomo, correctos y envarados en su uniforme de colorines; á todas esas parodias de la vida que en la tierna fantasía del niño sustituyen á la vida real, y que le causan profundas alegrías y tempranos dolores, demostrados por las abundantes lágrimas... Felices ellos si pudiesen seguir siempre consagrando el pensamiento á la muñeca y al bebé. Vendrán la esposa, los hijos, la vida de carne y hueso, con mayor conciencia de sí propia..., y el hombre hecho se acordará con nostalgia de cuando le traían los Santos Reyes unas glorias y unas penas de cinc y de cartón.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Sería natural que en este pueblo, en las tribus errantes que en el siglo xv se esparcieron por Europa viniendo de Valaquia y Hungría y que tomaron el nombre de *Zincalos* y de *Sintos* (*indianos*, que nosotros, guturalizando el sonido, convertimos en *gitanos*) existiese la costumbre de recibir á los Magos, acaso ascendientes suyos, tronco de su árbol. Sacerdotes y gitanos serían quizás los Magos, allá cuando esta raza, degradada hoy, alzaba orgullosa su morena frente. La tradición del color obscuro de uno de los Reyes; el que los expositores hayan representado en ellos á los gentiles (para los hebreos, *egipcio* era sinónimo de *gentil* y *pagano*); el hecho mismo de emprender la caminata con tal facilidad, propia de gente nómada, parece indicar que no va mi suposición enteramente destituida de fundamento. Y tal vez á esta creencia de que los Magos del Evangelio fuesen lo que en la Edad Media se entendía por *bohemos* y *zingaros*, se deba la indulgencia y bondad que con los bohemos tuvieron los Papas, al otorgarles salvoconducto para peregrinar por la cristiandad toda. Jamás la intolerancia religiosa, tan exacerbada contra los israelitas, se ensañó con los gitanos. Hubo para ellos indulgencia. La Inquisición no se dignó concederles los honores de la hoguera sino cuando alguna vieja zingara exageraba sus brujerías. Por su misteriosa y secreta fe no fueron perseguidos. Y nótese (en confirmación del supuesto de que eran gitanos los llamados *Reyes Magos*), cómo coincide la inmigración de los gitanos en Europa, con el desarrollo de la magia y de los procesos de hechicería, largamente descritos en la interesante obra de Görres *Mística divina, natural y diabólica*.

* *

Volviendo á los Magos, ¿quién les puso la corona? ¿quién les invistió del regio poder? La misma fuerza que hizo música á Santa Cecilia y caballero andante á San Jorge. El arte.

Los pintores primitivos, esos grandes artistas que no han sido igualados en la representación de asuntos religiosos, al tomar por tema predilecto la Epifanía, se complacieron en revestir á los Magos con las insignias reales, adoptando la hipótesis de San